ODA A LEO

León, copa de borde
quebrado, que me hieres el labio si te acerco
a la boca de mi alma; tu licor agrio, acorde
está con mi cariño doliente, altivo y terco.

Me miro en ti y admiro,
porque somos iguales en orgullo y en porte;
tu calor cotidiano lo exhalo si suspiro,
y ha florecido el trópico, por mi canto, en el Norte.

Mi ser es todo tuyo:
pobrezas he tenido, pero nunca humildades,
y en mi voz tus campanas repican cuando arguyo
tu derecho de hermana de las grandes ciudades,

y mi derecho altivo
de ser en toda parte prelado entre tus liras,
sin más cantar que el tuyo, y representativo
de todo lo que fuiste y todo lo que aspiras.

Catedral es mi pecho
como tu Catedral: corazón amplio y fuerte,
y antiguo: de tu barro y de tus piedras hecho,
íntimo de los siglos, de Dios y de la muerte.

Tus locos peregrinos
que en los aleros duermen, son como ciertos sueños
míos, porque cruzando difíciles caminos
se trastornaron muchos de mis nobles empeños.

E NICARAGUA

Sin embargo, cordura
como la de los hombres que nos diste otro día.
(cuando eras toda luz en medio de la negrura
intelectual del tiempo), cordura ha sido mía;

y tus mujeres buenas,
León, incomparables, insuperables, son
como aquellas ideas fecundas y serenas
que mi leonesa madre puso en mi corazón.

Tú, la Semana Santa
por fiesta suma tienes y estación de contento;
también mi mayor gozo es cuando sólo canta
cosas de Jesucristo mi voz: entonces siento

que mi verso sin flores,
como tu Calle Real, se adorna de repente
y que por él transitan imágenes, colores
y, vestidas de nuevo, las hijas de mi mente;

que algo, como tú, tengo
de místico: si incrédulo dije cosas otrora,
ahora con certeza sé dónde voy y vengo
y la fe me acompaña eternamente ahora.

Con música en el labio,
con visión en el ojo y con agudo oído,
por la fe que me diste me vuelvo santo y sabio
a veces, y se impregna de alma mi sentido.

Ya Dios no se me esconde:
ya, puedo, por la fe que hube de tu seno,
contemplarlo de día y en la sombra ver dónde
de su luz y su gloria está el espacio lleno.

¡Y por eso te canto
León! Tú me forjaste, soy toda tu criatura,
tu cantera de héroe, tu manera de santo,
tu aspiración divina sobre la tierra dura.

Como Florencia en Dante,
como Inglaterra en Shakespeare y como en Hugo Francia,
así estás en mis versos ingleses: al tonante
verso de Whitman di tu sol y tu fragancia.

Tu fragancia es resumen
del aroma del polvo; tu olor es el del pito
del barro de los niños en donde ensaya el numen
la música de Pascuas y el son de San Benito;

pero tu sol, León,
tu sol espeso y duro, pesado y paulatino,
es metal que he forjado sobre mi corazón,
mi acero de Sigfrido retador del destino!

Cantor y luchador,
sé cantar y luchar; y el triunfo no me importa,
que para el canto nunca me faltará tu amor,
y para la batalla toda la vida es corta!

SALOMÓN DE LA SELVA

Hace cuatro años, en la ciudad de París, falleció el poeta Salomón de la Selva. Poeta y prosista dejó además de una escuela claramente definida y que nace en su *Soldado Desconocido,* una obra fecunda cuya mayor estela quedó sembrada en México su *Amada Patria Adoptiva.*